

pitación o vagido inicial de microcosmos, grito sideral de estrellas que se incendian derrumbadas, o noche tenaz y alevosa circula temblando, y, sin embargo, valientemente,—con el espejo de los cataclismos en la mano—por las venas de estos cantos tormentosos y desgarrados.

Actúa en la red nerviosa del poema esa suerte de magia que llamaré pentagramática,—por su aleación de número y música—, que se exigía,—y lograba—, Jean Arthur Rimbaud, adelantándose al lenguaje orquestal de *El Bolero* de Ravel o *El Aprendiz de Brujo* de Paul Dukas, o también esparciendo esos deletéreos pero sapientes venenos de «*Les Fleurs du Mal*». Como en éstas, vibra en su corazón el hallazgo de la respuesta a un séptimo sentido que viene, en fin de cuentas, a sincronizarse con la neurosis de estos tiempos modernos, en que una civilización ultra sensible nos va quebrando en fracaso como a los metales cansados, incapaces ya de resistir la trepidante vibración de las complejidades de la época, precipitando su mordente químico la desintegración total de los valores.

No es la trasmutación filosófica que nos anunciara Nietzsche al echar las bases de su trágico, trascendental y dyonisiaco superhombre. Es más, mucho más. Es la Humanidad inflada de anhelos, de anhelos y de horror atómico oscilando como el cadáver de un ahorcado «entre el vacío y el suceso puro», como habría dicho Paul Valéry.

«*Red en el Génesis*» de Antonio de Undurraga cumple, así, con plenitud su misión de verdad y de belleza.—*Oscar Chávez.*



<https://doi.org/10.29393/At274-28AIMB10028>

ANALES DE INOCENCIA Y DE EXPERIENCIA, por *Herbert Read*.
Faber and Faber, Londres

Es tal vez en las memorias donde el literato se enfrenta más objetivamente al tema que desenvuelve. Aunque el género parece estar renaciendo, no es ésta, según aseveración del autor,

«una confesión»; de las 236 páginas, una cuarta parte va dedicada a la niñez—*The Innocent Eye*—cuya nostálgica y reverente evocación nos da a ratos la impresión de estar relejendo los cuadros campestres de Gottfried Keller: «la quietud de un pueblo dormido, de un villorrio, no es nada en comparación con la de una granja remota; es tan apacible en tales lugares el sosiego del día que el oído se afina a los ruidos más sutiles». Pero, a diferencia del suizo, las concomitantes no son puramente psicológicas, sino cada rememoración induce una disquisición filosófica: «si me fuera dado recobrar el sentido y la incertidumbre de esos años inocentes, dice en otra parte, estoy convencido de que lograría la clave de mucho de lo que me ha sucedido en este otro mundo de la vida consciente», este «otro mundo», eco sólo de «las verdaderas experiencias de una sensibilidad virgen». Tan vívida es la reminiscencia del autor que, acaso sin reparar en ello y acaso más centrada su atención en el ayer que en el presente, narra como «se alejó de este mundo para seguir un intrincado trayecto en ferrocarril» que lo llevaría a la localidad donde ingresaría a un internado.

Su descubrimiento de la poesía ocurre más tarde gracias a la munificencia con que lo provee de libros un sastre con aficiones literarias y físicamente semejante a William Blake. La conjunción de circunstancias, y la influencia posterior del poeta del siglo dieciocho, se reflejan en el título de la obra, calcado de una de las de éste, que «descendió sobre él como un apocalipsis».

Sociólogo y poeta, estilista consagrado, no cree Read, a pesar de su voracidad omnívoca frente a la obra escrita de la humanidad entera, según nos lo refiere en su relato de sus años de universidad, que deba uno contentarse con absorber. La razón es para él halcón que soltamos para que nos capture la belleza. El concepto logrado ha de ser hoz adamantina que habilite para destruir a la Gorgona. Quede para la primera adolescencia la imposibilidad de expresión, como la que dice haber

sentido durante sus años de internado, tal que no la sintiera un animal de las pampas confinado en una jaula. Pero es el desolado y largo invierno del norte de Inglaterra el que echó menos, y de ahí su melancolía. Ya nos dijo Mantegazza que son los horizontes brumosos, «el oscuro circo de abetos que suspiraban al viento helado» cuando sepultaron al padre de Read, los que suscitan más desalientos. ¿Habría podido nacer Kirkegard, de quien aquél se postula el antagonista dialéctico, en un clima como el nuestro?

Se confiesa anarco-existencialista y defiende una superación del «naturismo» de quienes propugnan el contacto directo con la naturaleza, ya que no es posible en tal estado la apreciación de ningún género de obra maestra, fútil en cualquier medio que no sea uno altamente civilizado, invocando sin embargo un principio rector que controle el caos actual. Tal principio debe ser, a juicio suyo, la capacitación del ciudadano para interpretar las leyes de la naturaleza a un grado que le permita vivir de acuerdo con ellas. La experiencia estética no es, a su modo de ver, fenómeno superficial ni secundario, sino inherente al universo, y así como la ciencia moderna revela que el arte—en mayor medida el clásico que el romántico, pero sin que éste esté excluido—aplica normas idénticas a las observadas en el estudio del mundo físico, así tal concepción debe ser válida en el terreno moral.—M. B. C.



MÚSICA SUDAMERICANA, por *Carlos Vega*. (EMECE Editores, S. A. Buenos Aires, 1946)

Hay tópicos—entre los innumerables que América Latina dispone—que no han sido investigados con la dedicación suficiente o carecen de estudiosos veraces que los aborden. Uno de éstos, el de la musicología, está adquiriendo día a día mayor